

CRÍTICA DE ARTE

## Las vivencias míticas de Carlos Franco

**L**a carnosidad y jugosidad de las sartas de frutas que penden sobre la fachada plástico-arquitectónica de la Casa de la Parra, todo un hito en la arquitectura compostelana, van a abrir una pulpa con otra dimensión de gran alcance: la creación artística del madrileño Carlos Franco.

Nacido en 1951, la pintura que exhiben sus salas hasta el 15 de septiembre abarca el período comprendido entre los años 1990 a 1997 y es el fruto de la madurez estética alcanzada durante largos años de trabajo.

Su formación como pintor se inicia en la Escuela de Bellas Artes de San Fernando, pero muy pronto su espíritu joven e inquieto se va a dejar llevar más por el ambiente que se respiraba en las interesantes tertulias artísticas que se desplegaban por los madriles de los años 70, que por cualquier tipo de enseñanza oficial.

Junto a sus compañeros de generación (Villalta, Pérez Mínguez, Manolo Quejido, Carlos Alcolea), en una actitud provocadora, va a renovar el pano-

rama artístico español: confirmando al sujeto reiteradamente, y aunque muchas veces lo doten de un sentido grotesco e irónico, va a cargar con una profunda vida psíquica; son pinturas chorreantes de color, reivindicando ideales que la abstracción y el informalismo habían borrado de escena.

Su obra reciente, donde se perciben los logros alcanzados, está por sí misma justificada. Son cuadros descriptivos, cuentan hechos con la sabiduría de un buen contador de historias. En un lenguaje directo, asistimos a todo un espectáculo literario lleno de



Por Fátima Otero

intriga y de tensión.

Sus figuras han ganado aquellos kilos perdidos en los años 70, porque antaño se horadaban con formas gargallescadas. Son dramáticas, atormentadas, pero en ningún momento asusta el temor contemporáneo que las envuelve. Nosotros mismos nos reconocemos en sus siluetas, muchas veces distorsionadas, porque aunque se vistan de antiguo con tonos tierra, son verosímiles; las vemos cercanas, imbuidas de la cotidianidad pop, de su colorido fluorescente y de la instantaneidad gordillesca.

Son una metáfora de la realidad circundante y a su vez reflejan las pasiones y vicios divinizados por la antigüedad pagana. Carlos Franco extrae motivos, material para su gran cometido, de la Historia y de la mitología. Los poetas griegos y latinos, Virgilio con la 'Eneida' y la 'Metamorfosis', son fuente inagotable de estímulos para este singular intérprete del pasado.

El mundo que refieren sus fábulas es ficción. 'Leda y el cisne', 'Baco y Ariadna', 'Narciso', quieren renacer de nuevo. Es inspiración profana hermanada con temas sacros; temas que descansan sobre fundamentos históricos, como el cuadro titulado 'Los siniestros pensamientos de Enrique VIII' u otros sacados del Antiguo Testamento: 'Tentaciones de San Antonio', 'Adán y Eva' o 'La Cena de Difuntos'. Sombras del pasado pululan siempre por una pintura actual, fresca; crecen y se multiplican en el gran concierto manipulador ofrecido por la batuta-pincel de este gran artista madrileño.